

SANTA MARIA
DE
PORTUGALETE

Félix López del Vallado, SJ



Félix López del Vallado y Branat *nace en Oviedo en 1853. Cursa en su ciudad natal los estudios de Segunda Enseñanza y también los universitarios de Derecho. Durante buena parte de su vida ejerció como abogado y literato. Fue redactor del periódico católico La Unidad junto al cardenal Victoriano Guisasola Menéndez y Gumersindo Solís.*

En 1875 alcanza el puesto de registrador de la propiedad, que desempeña en Trujillo (Cáceres) y Orgaz (Toledo). El 15 de julio de 1889 ingresa en la Compañía de Jesús. Se doctora en Derecho y pasa a formar parte del grupo de profesores de la orden. Residió una temporada en América y de regreso a España consigue plaza de profesor en la facultad de Derecho de la Universidad de Deusto. Muere en 1918.

Mezclaba el desempeño de la cátedra con sus aficiones literarias y artísticas. Dejó varias monografías inéditas sobre el arte vasco, que fueron ofrecidas para su publicación a la Sociedad de Estudios Vascos. Colaboró en la Geografía general del País Vasco-Navarro con el tema Arqueología. Las tres provincias Vascongadas. Fue profesor de la Escuela de Estudios Superiores de Deusto desde 1900 a 1918.

Este especialista en estudios arqueológicos e históricos, que destacó como orador sagrado y poeta en lengua asturiana (bable) dejó varias obras: El origen formal de la sociedad, según la Escuela; Vida del estudiante; Cartas del estoyu; Santa María de Siones; Contribución al estudio de la arqueología musulmana en España; Santa María de los Reyes y San Juan Bautista de La Guarda (Álava).

Escribió, también, numerosos artículos, de los que destacamos Contribución al estudio de la Arqueología Cristiana en las Provincias Vascongadas: Santa María de Portugalete, que fue publicado en el año 1917, en la Revista Razón y Fe (Vol. 49 - Fasc. 2).

Cuando a la puerta de la casa donde vivo monté en el tranvía, camino de la costa, mi compañero de viaje, hombre de corazón, impresionabilísimo, alma de artista, me preguntaba con afán:

—¿A dónde me llevas?

—A encerrarte entre cuatro paredes viejas —le contesté sobriamente.

—¿Entre cuatro paredes?... Eso sí que no —me dijo con resolución—. Para paredes me bastan las de adobes y ladrillos en que vivo enterrado en las estepas de Castilla. Salgo de allí pocas veces, y cuando salgo quiero ponerme en contacto con la vida moderna, con cuanto las artes y la industria han creado de nuevo; y más aquí, en medio de esta raza laboriosa, a la que veo agitarse en torno mío sin descanso, entre los esplendores de esta naturaleza simpática, atrayente, hermosa, como pocas en el mundo. Y, a propósito, ¡qué líneas

más delicadas las de este paisaje! ¡Qué entonación tan agradable!... A mí —añadía— más que las coloraciones fuertes, decididas, de grandes contrastes, me gustan estos tonos grises, esta coloración fundida que, aparte de los primeros términos, apenas si deja adivinar más que la forma ingente de las grandes masas que cierran el horizonte. ¡Hay en esta vaguedad misteriosa un atractivo tan soberano, que necesitaría no ser artista para dejar de sentirlo vivamente! Monótona llaman algunos a esta coloración. Pero, ¿quiénes la llaman así? Los intrusos del arte; los que carecen de ese *quid divinum* que Dios pone en el alma para llegar a sentir y apreciar la variedad inmensa de esa gama interminable de tonos finísimos y delicados.

Y con una versatilidad y viveza muy propias de su carácter, me acosaba a preguntas:

—¿Hiciste muchos estudios y copias de estos contornos?... ¿De quién es aquel palacio?... ¿Qué se fabrica en estos talleres?... ¿Y en aquella gran fábrica?... ¡Vaya un bosque de hierros!... ¡Qué martilleo!...

¡Y qué hermoso es el edificio que sobre esa fábrica se levanta!... ¡Hombre, por Dios, contéstame! ¿Qué lees?

— Déjame, estoy rezando. Ese edificio es la Misericordia.

Y mientras yo leía en el salmo “*Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me*”, le oía decir monologuando:

—¡La Misericordia!... ¡La Misericordia!... Vamos, sí; una casa de beneficencia... ¡Pero si es un palacio! ¡Si está en medio de un parque espléndido! Pues si lo de dentro responde a lo de fuera, a fe que deben estar agradecidos los desamparados; dióles la caridad cristiana el sitio más ameno de esta hermosa ribera.

Al llegar aquí hubo que cerrar el breviario y satisfacer la curiosidad de mi amigo, cada vez más impresionado.

¿Y cómo no, si en aquel momento sonaba un bramido ensordecedor que llenaba los aires, y tras de él otro un poco más lejos y otro más lejano aún, repercutiendo todos entre los montes que allí estrechan el valle?

—No te extrañes —le dije—, son los vapores que, a la hora de la bajada de la marea suben a los muelles de Bilbao.

—Pero, ¿en qué quedamos? Estos muelles, estas vías férreas y aéreas, por las que en este momento veo que viene el mineral a cargarse en tantos barcos atracados a estos cargaderos, ¿no son los muelles de Bilbao?

—Sí que lo son: aunque estén en territorios de diversos Ayuntamientos, en todos ellos se hace el comercio, que es propiamente de Bilbao; y día llegara, no muy lejano, en que formarán hasta el extremo del puerto exterior de refugio una sola ciudad y puerto con veintiocho kilómetros de muelles.

No sé si me oyó lo que le dije, porque absorbió de nuevo su atención ver, a menos de 200 metros, en el monte de enfrente, la boca de un túnel, por el que salía silbando, entre bocanadas de humo y de fuego, el tren de Santander; que pocos metros más abajo cruzaba en dirección contraria el ferrocarril de Portugalete, y que, por entre los desgarrones de las columnas de vapor

que dejaban a su paso, se veían cruzar por carreteras escalonadas autos, tranvías y vehículos de todo género; y cuando observó que a su lado, por la carretera que llevábamos, sucedía lo mismo, y que a su espalda silbaba el tren de Las Arenas, entre las fábricas que, a medida que se ensanchaba la vega, se iban multiplicando...

—¡Bravo!...—exclamó—; esto es vida; aquí se trabaja; bien es verdad que el mar, las minas, contribuyen a ello, y sucediera lo mismo en otras partes si...

—Bueno, déjate de filosofías, y más aún de comparaciones, que éstas son todas odiosas y pueden ofender a alguien. Mira, para que acabes de enterarte: de esa vía de Santander se separa ahí enfrente la de La Robla; pocos kilómetros más allá la de Valmaseda; un poco más adelante, la de Castro. Del ferrocarril de Portugalete se desprende el de Triano; y allí, por la derecha, observa cómo marcha para Munguía el tren que acaba de separarse de la vía de Las Arenas. Por todas esas vegas y colinas se multiplican las carreteras, aumentándose a

cada paso, entre la red que forman estas vías, las fábricas y explotaciones mineras.

Cesé en mi descripción, porque otra vez mi amigo no me escuchaba. Habíamos llegado y pasábamos ya del Desierto, y el absorto de antes, que ahora ni reparaba en las nuevas poblaciones levantadas a uno y otro lado de la ría, abría los ojos y ahincaba con sus pupilas en el espectáculo, como si quisiera llevarse consigo lo que entonces estaba viendo.

Docenas de vapores anclados, unos en las dársenas, otros atracados a los cargaderos: quiso contar éstos en el espacio de cinco kilómetros que abarcaba con la vista, y... uno..., tres..., once..., perdió la cuenta. Cien chimeneas arrojando humo, que se levantaban sobre los nuevos astilleros, sobre las baterías de cok y los Altos Hornos del Desierto, de Rivas y de la Nueva Vizcaya, formaban negra y espesa nube, iluminada a ratos con resplandores de incendios; todo en medio del sordo rumor de los innumerables talleres, unidos entre sí por siete kilómetros de vías férreas, y en los

que emplean su trabajo más de 6.000 obreros.

En silencio llegamos al pie del transbordador que, desde Las Arenas, nos puso en Portugalete; y mi amigo, que no sin recelo se metió en la plataforma que por el aire nos llevaba, salido de ella y de su asombro, volvíase a contemplar las gallardas torres de hierro que sostienen el table-ro de 150 metros de largo, por donde corren las ruedas de la pasarela a 50 metros de altura. Y más tiempo se estuviera contemplando el ingenioso puente, si no atrajeran su vista las hermosas edificaciones que coronan el muelle de Portugalete, y en frente la multitud de parques con hoteles que festonan la ribera.

A pocos pasos por el muelle, se separó de mí para ver un grupo de escultura que se levantaba delante de nosotros (pues nunca dejaba él de rendir su tributo de admiración a cualquier obra de arte que le saliera al paso), y volvió a mi lado, diciéndome satisfecho:

—No es malo.

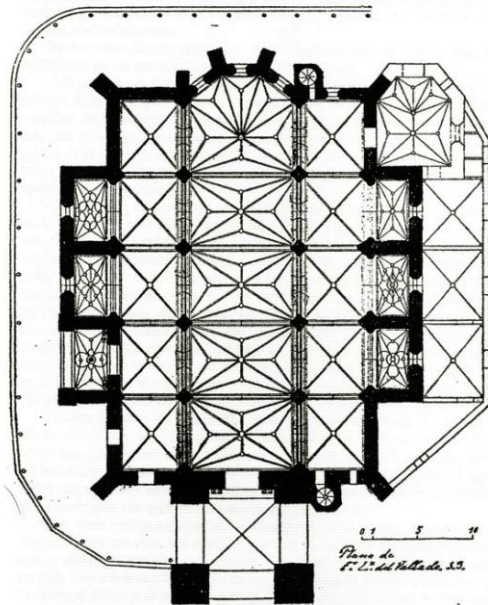
Pasito a paso, que no otra cosa pueden hacer los viejos subiendo las estrechas y empinadas calles del antiguo Portugalete, llegamos a la plazuela de la Iglesia, en donde corrió hacia la barandilla que da vista al mar, presintiendo lo sublime del espectáculo que le aguardaba.

Yo, que le conocía y sabía lo que estaba mirando, me complacía en observar la grata y honda impresión que estaba recibiendo. Víle palidecer y clavar extática la mirada en el amplísimo horizonte que lentamente iba recorriendo.

Al Sur los azules montes que, lentamente, venían degradando hasta la costa y, por entre sus bocas, la encauzada ría y sus afluentes, dando vida a la industria y a multitud de pueblos nuevos que bordean sus riberas.

Al frente, por el Este, colinas y vegas bajas, salpicadas de caseríos y residencias veraniegas, que se van multiplicando a medida que se acercan a la arena. Al llegar a ella, entre las movidas y graciosas edificaciones nuevas, grandiosos palacios, algunos de ellos verdaderos tesoros del arte mo-

dero. Y todos, entre jardincillos, bosques y praderas, formando las nuevas poblaciones de Las Arenas, Neguri, Algorta y Guecho, que cierran la ensenada hasta el acantilado de la Galea.



Al Norte, la planicie del mar, que este día, enfurecido, rompía con estrépito en las playas de Algorta y a intervalos coronaba de espuma los dos kilómetros del rompeolas que guarda el puerto por el Noroeste. Y

entre los brazos del amplísimo muelle la quietud, como de lago, en cuyas aguas se refleja la hermosura de todo ese paisaje , por un lado, y por el otro, el pico agudo, como de volcán, que llaman Serantes, y los pueblos de Santurce y Portugalete, rivales de sus vecinos en la magnificencia de las construcciones modernas.

Por fortuna para él, que tanto ansiaba estas impresiones, a sus oídos llegaba desde el mar el rumor de la sirena de dos grandes vapores que anunciaban su llegada; y entre la bandada de esquifes y balandros que regateaban en el puerto, veía acercarse lenta y majestuosa una gran fragata, ansioso de ver si sus altos masteleros cabrían bajo el puente de Vizcaya.

Rendido el hombre, después de un largo rato, se desplomó, sentándose a mi lado y diciéndome con la mayor ingenuidad:

—Te aseguro que no vi nada más hermoso en mi vida. Tú ya sabes que corrí bastante en mis mocedades y mi en Francia, ni en Italia, ni aquí en España vi nada que más me cautivase. Ni la tan celebrada

bahía de Nápoles, ni la vega de Granada contemplada desde la torre de la Vela, ni Pau, Niza y Ostende encierran tanta variedad y grandeza. Aquella vega de Murcia, poblada de naranjos y palmeras en cuyo centro, en plena llanura, se oculta entre el follaje una ciudad de cien mil almas, a la que no se descubre cuando a menos de una legua se la contempla desde las torres de San Jerónimo, no supera a este espectáculo con que la naturaleza y el arte convidan a la vista desde este sitio. Y por hoy basta de impresiones; estoy algo rendido y me entrego; puedes enchiquerarme cuando quieras.

—¡Pero hombre, tú también, y en las soledades en que ahora vives, viciado del torerismo triunfante! Tomaste muy al pie de la letra lo que te dije al emprender nuestra jornada; los muros de que entonces te hablé son los de este precioso monumento que tienes delante.

—Precioso, tienes razón, interesantísimo; distraído como venía, hasta ahora que me llamas la atención no me había fijado.

Y sin más preámbulo, que nunca los necesitaba mi amigo en cuanto enfocaba un objeto de arte, comenzó a hablar de esta manera:

—¡Oh, siglo XVI, testigo de nuestra grandeza y emporio de las artes, y cuán bien dejaste aquí marcada tu huella! Eran los días en que escultores y arquitectos luchaban entre dos opuestas tendencias: la idea renovadora del arte clásico antiguo y la que mantenía la tradición gloriosa del gótico decadente; los siglos XV y XVI, testigos de esta lucha, y en nuestro país más el segundo que el primero, vieron levantarse en unos mismos días monumentos de ambos géneros, y más en abundancia los que, amalgamando ambas tendencias, representan el fenómeno de la evolución de una a la otra idea. Y buen testimonio de ello nos dan estos muros que contemplamos, en los que vemos la historia del arte en el curso de tres siglos. Estas ventanas altas, con su apuntamiento, sus mainales¹, adornos y

¹ Sin duda, el P. Vallado quiere decir maineles. El *mainel*, también llamado *parteluz*, es una columna o pilar sustentante que, en el centro de un arco, parte la luz del vano dividiéndolo en dos. Aunque son términos sinónimos, parteluz se suele emplear más para puertas y mainel para ventanas. (Nota de la AAB).

tracería podrían ser del siglo XV, de un gótico avanzado y decadente; pero más decadente son aún, y de más avanzada época, las de esta nave inferior que vemos en la izquierda, en la que el artista apenas si indica en ellas la ojiva; al exterior tienen todo el aspecto de un medio punto. En donde triunfa el renacimiento, así sea rindiendo tributo en la esbeltez de las proporciones al arte en que sus cinceles enterraban, es en ese grandioso pórtico y en la preciosa ventana de la derecha. ¡Lástima que el nuevo pórtico la haya dividido, y no precisamente “por gala en dos”! Acerquémonos, porque me interesa esa puerta y no distingo sus platerescos adornos, que deben ser preciosos.

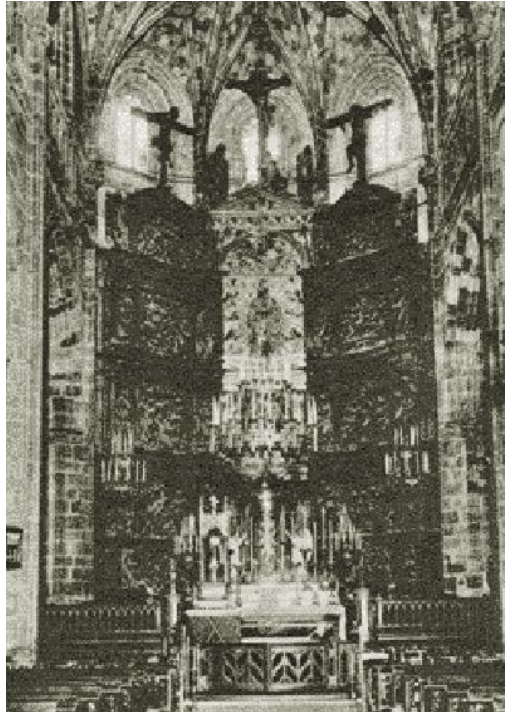
—Vamos allá, pero no te hagas ilusiones; manos criminales, fuesen de quien fuesen, la mutilaron bárbaramente. Han desaparecido los fustes de las cuatro columnas que la decoraban y borrada está casi por entero la talla de los pedestales que, a modo de ménsulas, las sustentaban: en lo que queda de sus adornos, en las figurillas, en las calaveras aladas, en las ca-

bezas de ángeles que se ven en las dovelas y en los monstruos de las enjutas, bien se conoce el genio y el buen gusto del escultor. Quizá en este mismo sitio hubo otra puerta gótica que cedió su puesto a ésta, y es doble lástima el que la primera haya desaparecido y la segunda se halle en tan ruin estado.

—Pues mira la evolución cómo avanza; contempla esa torre, que en su primer cuerpo, por su robustez y proporciones, revela ser otros los intentos del arquitecto que la concibiera; pero acabó como ves, un siglo más tarde que su primer intento, y cuando el churriguerismo había sido contenido en sus excesos por un sentido clásico más perfecto. Aún se ven en el capitel que la corona algunas incongruencias borrominescas²; pero el conjunto de sus líneas, a

² El estilo *churrigueresco* es una variante del barroco español que presenta más ornamentación. El término proviene del apellido *Churriquera*, familia de arquitectos españoles barrocos cuya obra se caracterizó por un marcado movimiento y una abigarrada ornamentación. El estilo *borrominesco* se debe al arquitecto italo-suizo *Franчесco Borromini* (1599-1667), uno de los máximos exponentes del barroco romano. Sin alterar la forma ni la regularidad de los miembros arquitectónicos y haciendo asomar los frisos y los entropaños, los frontones y los dados con follaje, el estilo borrominesco confiere al conjunto cierta pompa. (Nota de la AAB).

pesar de la desproporción con su base, no deja de ser agradable³. Penetramos en la Iglesia por la puerta Norte, situada debajo de la torre, puerta no muy grande, de medio punto, y cuya decoración, análoga a la de la puerta de Oriente, también ha desaparecido.



³ Parece ser que, convertida en fuerte y destruida en la última guerra civil, se reedificó después según los planos de la primitiva que aún se conservaban. (Nota del Autor).

No habíamos andado muchos pasos cuando mi amigo, cuya vasta ilustración lejos de robarle la fe le había confirmado en ella, se postró a adorar a Cristo que, en el Sagrario, hacía rato que nos aguardaba.

Fue breve su visita, pues la impresión que recibiera al penetrar bajo aquellas naves le tenía algo inquieto y avivaba en él, por instantes, el deseo de contemplar el interior de la Iglesia.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —me decía—. ¡Qué lejos estaba yo de juzgar por el exterior la hermosura de este templo! Las alteraciones exteriores no afectan al interior, cuya unidad y pureza de líneas se conservan casi totalmente. Es rara esa planta; mira —me dijo mostrándome el diseño que iba trazando en su cartera—, parece una cruz griega.

—Sí que es verdad —le respondí—, pero es que no adviertes que los brazos de la cruz que aparecen en esta planta, no son de ningún crucero; resultan de los muros que unen los contrafuertes para formar las capillas que se alojan entre ellos; la disposición de estas capillas es muy del gusto de la

escuela del Languedoc⁴; por más que siendo tan natural, sin tener en cuenta esos antecedentes, y aún desconociéndolos, cualquier arquitecto pudo establecerla.

—Según eso, la planta es de salón, de tres naves, con sólo un ábside en la central, y más alta. Disposición ésta es algo arcaica y que se sale del tipo de construcciones góticas de todas las épocas. Cierto que no faltan excepciones de este tipo, con ábside cuadrado, rectangular o poligonal, como el de ésta; recuerda la de la Catedral de Laón, la Iglesia de San Sergio en Angers y, en esta tierra, la de Begoña, y sin duda habrá que incluirla entre ellas. De todos modos —añadía—, me parece una construcción, aun dentro del gótico, muy primitiva. La pureza y simplicidad de las crucerías, ya ves: en las naves bajas puros nervios diagonales y en la central sin más aditamento que terceletes y ligaduras en los espinazos; si a esto unes la planta y los núcleos cilíndricos de

⁴ Languedoc es una región situada en el sudeste de Francia. Allí se desarrolló precozmente el estilo románico, debido al afluir de peregrinos que lo hicieron una región de paso. (Nota de la AAB).

los apoyos, convendrías conmigo en que este es un gótico muy primitivo.

—Nada de eso —le respondí—; esas bóvedas, con toda esa sencillez en su estructura, las ves en todas las épocas del gótico. Las estrellas, como las que hay en esas capillas, sí es verdad que vinieron más tarde, vinieron con el dinero, y cuando no lo había, se construían con la sencillez que estamos viendo: repara su sección transversal, casi triangular, y entiende por ella que son de época muy avanzada. Mira esas ventanas, apenas apuntadas; repara en las besantes⁵ que llevan en sus cabetas, los mismos que ves en muchos capiteles del interior y entiende por ello que se trata de un gótico que estaba ya de despedida. Los núcleos cilíndricos de los apoyos nada prueban a favor de tu tesis; al nacer y al morir el gótico, los apoyos cilíndricos fue-

⁵ Creemos que el Padre Vallado se refiere a los **gabletes**, elementos de forma triangular usados como remate ornamental de algunos edificios tardogóticos. También se usaban para realzar puertas o ventanas. Hubo una época en que se decoraban con **besantes**, que también se usaban en los capiteles. Un besante fue una moneda bizantina muy utilizada en decoración. Posteriormente, y por extensión, se denomina besante a todo adorno redondo y en relieve. (Nota de la AAB).

ron muy usados: si en la primera época los núcleos fueron cilíndricos, las columnillas adosadas a ellos, para sostener los arcos fajones y formeros y los nervios de las cru- cerías, eran también cilíndricos y no esta- ban, como éstos, formados de haces de baquetones prismáticos, a los que corres- ponden las molduras de los arcos; ni estas basas ni estos capiteles son los del gótico formado en la primera época: si reparas bien, verás que aquí ya no hay propiamente capiteles; es sólo el saliente de la imposta formada de sencillas molduras, compren- diendo una escocia⁶ exornada de serpeados de vástagos y hojas y que ciñe todo el apo- yo. Pero observa más aún: fíjate en el trifo- rio, ¿no ves en él las líneas de inflexión en los remates de sus ventanas conopiales? ¿Qué quiere decir todo esto? Pues, sencil- lamente, que se trata de una iglesia levan- tada en el siglo XV. Y si quieres más prue-

⁶ La *escocia* (del latín *scotia*, oscuridad) es una moldura cóncava, corrida, compuesta de dos curvas de diferente radio, siendo nor- malmente el arco inferior el de mayor tamaño. Su nombre proviene de que al estar presente en la basa griega de las columnas de orden iónico, producía un efecto pronunciado de sombras y claros que transmitía expresividad y movimiento. También se le denomina *escota*, *síma* o *nacela*. (Nota de la AAB).

bas aún, repara en el exterior la disposición de sus apoyos: anchos contrafuertes con una gran carga de sillería, a falta de pináculos, en los que mueren los arbotantes que vienen desde el arranque de la bóveda central; esto todavía no te dice nada, pero observa los de las esquinas de la planta, colocados en sentido diagonal, y esto te da también, probablemente, la fecha antes citada. Por cierto, que tal disposición produce, en el ángulo suroeste, una chocante anomalía: el arbotante de la cabecera, más corto que los demás, por arrancar de la caja del caracol adosada a este ángulo, viene a apoyarse, no en la cara del poliedro que forma el contrafuerte, sino en una de sus esquinas. Pero, ¿a qué me canso, si no me escuchas?

Mi amigo se había fijado en el altar mayor y, absorto, le contemplaba.

—¡Sublime armatoste! —dijo, volviéndose a mí, con cara mezcla de indignación y de asombro.

—Vaya una incongruencia... Explícatte, porque no te entiendo.

—Le llamo de este modo, y perdóneme por ello todos los artistas, porque ese mundo de madera roba el sitio a otro altar más ligero y más en armonía con las líneas de este templo.

—Pase lo de la armonía de las líneas, pero en cuanto al mundo de madera, te equivocas. ¡Cuántos altares del siglo XV tienen tanta madera como éste!

—Tienes razón, y ya que así se hizo, congratulémonos de la excelencia del artista que le talló; su obra arrancó de mis labios el calificativo de “sublime”.

—Algo exageras: es de los buenos de su época y, a juzgar por sus pormenores, de manos de un artista que no se había abrazado por entero con la idea formal del renacimiento. Los adornos que coronan los cuadros, recuerdan los doseletes góticos aunque nada tengan de la estructura de éstos. Ni los entablamentos, ni los fustes de las columnas se atiene a la forma y al rigorismo clásicos; y la disposición de estos adornos en los frisos y en los áticos revela la independencia del artista, inspirándose en su propio genio.

—Es verdad, pero sus líneas fundamentales son clásicas y convienen en su disposición general con la mayor parte de los que en aquella época se labraban. Tres frentes, adaptados a los lados del polígono del ábside y, en cada uno de ellos, sobre el zócalo de piedra, el pedestal, sobre el que se levantan tres cuerpos de arquitectura, dórico el primero, el segundo jónico y de orden corintio el tercero; cada frente coronado por un ático ingente que termina en un frontón, triangular en el centro y circular en los dos laterales; sobre estos frontones, el calvario con figuras de tamaño natural. Del mismo tamaño son las veinte estatuas que se ostentan en los intercolumnios y la multitud de figuras que, en alto relieve, representan en los quince cuadros que forman todo el altar escenas de la vida de Cristo, desde la Anunciación hasta la muerte. En el cuadro del centro se ve la Asunción de la Virgen, a cuya advocación está consagrada la iglesia.

—¿Y, qué te parece esa talla?

—La encuentro muy desigual; presidió la obra, sin duda, un gran maestro; de

él deben ser las figuras que se ven en los intercolumnios, especialmente las del lado de la Epístola; pero hay cuadros, como el de la Anunciación, y figuras en otros casi barrocas, hechas de memoria, sin modelo; de tener éstos a la vista, cuánto habría que corregir en el plegado de aquellos paños y en las actitudes de muchas figuras que en él se ven. En lo que, claramente, es del maestro se ve un artista educado en Italia o al lado de los Berruguetes, Becerras y Anche-tas..., de los que, si del antiguo clasicismo aprendieron el estudio del natural, no copiaron su paganismo, sino que infundieron en la belleza de la forma el suave y puro espiritualismo cristiano. De la mano de ese buen maestro tal vez sea también el alto relieve representando la Adoración de los Reyes, que hemos visto en la primera capilla del lado del Evangelio.

Dimos una vuelta por el exterior de la iglesia y, cuando mi compañero observó las ventanas que dan luz a nueva sacristía, lo mismo que cuando en el interior se encaró con la reforma hecha en el frente del coro,

le observé un gesto de disgusto, por el que le pedí una explicación.



—Es lástima —me dijo— que al hacer una ampliación o restauración en edificios de este género, el director de las obras no interprete fielmente el carácter del edificio; el gótico que aquí se empleó es bastante incongruente y tiene algo de modernismo.

Volvimos de nuestra excursión hablando del hermoso templo de Santa María de Portugalete, uno de los primeros y más interesantes de la provincia de Vizcaya.

No nos despedimos de él: formamos el propósito de volver a estudiar un tríptico que vimos en la nave baja del lado de la Epístola, formado de tres grandes tablas de estilo flamenco, tal vez del siglo XV, en que se representa: en el centro, la Coronación de la Virgen; a la derecha, la Asunción de esta Señora y, a la izquierda, la de Jesucristo; a la altura en que está y con la poca luz que entonces había, sólo pudimos hacernos cargo de la composición y dibujo, que nos parecieron bastante buenos.

Pero lo que más nos atrae es otra preciosa tabla que vimos sobre la puerta de la sacristía. Aun con lo poco que se distinguía, pudimos entender que se trata de un dibujo, una coloración y una factura exquisitos, con las que está tratado el asunto de la Coronación de la Virgen.

Rozó en tranvía y paramos a la puerta de casa.

—Adiós..., adiós... No dejes de avisarme; en expediciones de este género, seré tu compañero cuantas veces quieras.

Félix López del Vallado, SJ